

Ricardo Gibu Shimabukuro, *Unicidad y relacionalidad de la persona. La Antropología de Romano Guardini*, BUAP-UPAEP, Puebla, 2008, pp. 241.

EDUARDO GONZÁLEZ DI PIERRO,
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En el año 2004, durante una entrevista al gran filósofo mexicano Luis Villoro, se le hizo la siguiente pregunta: “Es bien conocida su estancia de estudios en Alemania y Francia, ¿podría hablarnos un poco de aquella época?”. He aquí una parte de la respuesta de Villoro: “Bueno, después de mi viaje a Alemania, en Francia no hice nada, estuve simplemente escuchando conferencias, pláticas, algunas pláticas de Merleau-Ponty que en ese momento me interesaba, y en Alemania escuché a Romano Guardini, no sé si sepan de él, es un pensador bávaro, católico, pero muy contestatario del catolicismo, nada ortodoxo, un pensador muy interesante, yo lo escuchaba mucho en la catedral de Múnich, escuchaba sermones de Romano Guardini, entonces yo tenía un resabio religioso católico. [...]. No seguía clases regulares, salvo lo de Romano Guardini”¹.

La duda de Luis Villoro cuando dice “no sé si sepan de él” es más que legítima. En efecto, Romano Guardini, desgraciadamente, continúa siendo un pensador casi desconocido, al menos en nuestro ámbito; por tanto, el primer agradecimiento que hemos de tener con Ricardo Gibu por la publicación de este libro, es justamente por dar a conocer a un filósofo que merece ser conocido y estudiado en lengua española, y difundido en el mundo hispanoamericano.

Unicidad y relacionalidad de la persona, el título principal, refleja ya la dificultad con la que nos encontraremos. En el subtítulo, de aparente fácil enunciación, *La antropología de Romano Guardini*, subyace todo un trabajo minucioso de investigación que yo equipararía con la labor de un escultor para extraer la estatua del bloque mármoleo en bruto. En efecto, la totalidad de la monumental obra de Guardini se puede considerar como una totalidad de la que, si alguien quiere extraer algún tema o problema en particular, debe desbastar con sumo cuidado, con precisión única de cincel. La no-sistematicidad de la filosofía y teología de Guardini, la multiplicidad temática, la riqueza conceptual, las diversas implicaciones, las influencias filosófico-teológicas del pasado

que obligan a un conocimiento importante de la historia de la filosofía, vuelven un trabajo sumamente arduo el realizar una investigación sobre esta luminaria del pensar del siglo XX como la que se encarna hoy en forma de libro.

De este modo, Ricardo Gibu empieza a esculpir el texto con paciencia minuciosa, con sumo cuidado, dándole vueltas primero al mármol intocado para encontrar los ángulos mejores para el ataque y las posibilidades más fecundas para ir moldeando lo que pretende, iniciando con el rastreo cuidadoso del problema del hombre en el pensador bávaro. Aquí da cuenta, a mi juicio, de una de las grandes aportaciones guardinianas, que su estudioso capta muy bien, a saber, el problema de la génesis de la modernidad, en el tránsito de la antigüedad hacia el mundo moderno, donde la Edad Media tiene, a diferencia de otras interpretaciones sobre el asunto, una relevancia central y un papel que va más allá de ser un mero anillo de conjunción entre Antigüedad y Modernidad. El Medioevo es, por así decir, “más original” y “más aportativo” para la cultura occidental que los otros dos momentos, tradicionalmente tenidos como ascenso y síntesis cultural donde el Medioevo no sería más que una etapa necesaria para, desde la decadencia helenística, preparar el advenimiento del Renacimiento como momento más elevado del espíritu humano. Para Guardini esto no es así, y Gibu lo resalta: “Por ello [en el Medioevo] el hombre no se concibe como puro espíritu, ni como puro cuerpo, sino como una unidad que expresa a través del cuerpo el espíritu que es reflejo de Dios. [...]el hombre medieval siente con una intensidad superior a cualquier otra época de la historia el impulso del alma, la aspiración y la inquietud por ‘cultivar’ la naturaleza[...]. También experimenta de un modo intenso el significado de la ‘cultura’ y busca realizarla” (p. 26). Esto no significa, de ninguna manera, que Guardini soslaye la importancia de la Antigüedad clásica ni la del humanismo cívico florentino con el concomitante nacimiento de la modernidad. Cada período posee una virtud y su importancia respecto de la constitución y la concepción filosófica acerca del ser humano, y Guardini evaluará críticamente y con profundidad cada una de las épocas que caracterizan el devenir del pensamiento occidental.

Gibu retoma el cincel para eliminar algunas aristas y sacar a la luz la importancia que Guardini concedió a lo largo de todo su filosofar, así como en su teología, a la singularidad personal y las realidades concreto-vivientes. Quizá sea el énfasis en esto donde radique el *leitmotiv* de la interpretación que sobre Guardini hace nuestro autor. Cuando se recupera el término *persona* en el siglo

XX es, antes que para dotarla de una dimensión religiosa, indudablemente presente, para resaltar la importancia de volver a lo concreto y singular, a lo viviente, tal como lo hacen dos importantes corrientes filosóficas del siglo XX: la fenomenología y el existencialismo. De este modo, otra aportación interesante y original de Ricardo Gibu es la de considerar a Romano Guardini como un existencialista, a partir de la interpretación guardiniana y estudio de Kierkegaard; quiero señalar que ya Gibu había entrevisto también una crítica al racionalismo radical moderno a través de la valoración positiva que Guardini hace de Pascal. Lo interesante es que hay un empeño en hacer notar que la recuperación de lo concreto no es, como sí ocurrió con otros filósofos, en menoscabo de la fundamentación metafísica de la realidad, que Guardini recupera positivamente. Destaca, aquí, la importante influencia de san Buenaventura en él, misma que Ricardo Gibu ha logrado captar y caracterizar en su totalidad, junto con las implicaciones y derivaciones de tal influjo filosófico.

A estas alturas, ya desde los inicios del segundo capítulo, empezamos a ver la forma que va adquiriendo el bloque de mármol sobre el que nuestro filósofo peruano continúa trabajando arduamente, y es que es el que trata de lo que el subtítulo de la obra ya promete: la unicidad y la relacionalidad de la persona. Ésta ya había sido destacada como realidad específica con características propias en relación con la religión y, sobre todo, con la comunidad. Ahora lo que se destaca, esculpida magistralmente, es nada menos que la central categoría guardiniana de *Gegensatz*, el *contraste*, y que el propio Gibu, atinadamente, propone como clave de lectura de la totalidad de la obra del nacido en Verona, y es que se trata de la noción que dota de rigor filosófico a este pensamiento. Como bien lo señala Ricardo, coincidiendo con otros autores, “quienes afirman que la doctrina del *Gegensatz* se abre ya al discurso metafísico a través de la fenomenología de lo concreto-viviente. Si esta fundamentación metafísica no fuera posible, la antropología de Guardini se reduciría a mera psicología” (p. 78). Y esto es muy cierto. Guardini es, junto con otros pocos pensadores del siglo XX, un filósofo que no se deja contagiar por esa irracional “fobia a la metafísica” que caracteriza a una buena parte de los pensadores del siglo XX; al contrario, logra reivindicar la apuesta por una metafísica no ingenua, centrada en la idea misma del *contraste* sobre la que se edifica una *ontología fundamental*.

Una vez descubierto este punto nodal, y luego de haber cincelado alrededor de esta figura del *contraste*, el resto de la escultura parece cosa hecha. No es tan simple, pero sí parece que los temas subsiguientes van surgiendo con

mayor facilidad de manos de nuestro filósofo-escultor. Empezará a desplegar la concepción antropológica de Romano Guardini a través de las distintas dimensiones que la constituyen. Aquí es donde el parentesco con filósofos como Edith Stein se hace patente, hasta llegar al clímax del libro, es decir, la revelación de los rasgos de unicidad y relacionalidad como propios irreductibles de la persona humana y que la constituyen como tal, dando cuenta de lo que es su estructura concreta, y dando paso ya no al Guardini existencialista, sino al Guardini “fenomenólogo”, por llamarlo de alguna manera, pues es aquí donde se manifiesta una mayor afinidad con los conceptos que sobre el tema, a partir de Husserl en el segundo volumen de sus *Ideas*, vertirán Edith Stein (*La estructura de la persona humana*), Max Scheler (*La posición del hombre en el cosmos*) o, incluso, el propio Karol Wojtyła (*Persona y acto*). Claro, es una fenomenología no directamente absorbida de la escuela husserliana, pero sí coincidente en muchos puntos, como por otro lado ocurre inevitablemente con pensadores como Heidegger, Marcel o Jaspers, por lo que respecta a ese existencialismo que ya se evidenciaba desde la línea kierkegaardiana, cara a Guardini.

Los últimos capítulos nos suministran la dimensión teológica de la especulación teórica del filósofo, y constituyen la culminación del proceso escultórico que, en nuestra analogía, hemos venido describiendo apretadamente. Así, nos encontramos con finos análisis, equivalentes a filigranas esculpidas cuidadosamente, sí ornamentales pero también relevantes, respecto de la formulación de la persona humana desde la perspectiva religiosa. Lo que destaca aquí es la identificación del lazo que une a la persona humana con la experiencia religiosa, con cualquier experiencia religiosa: la dimensión de inefabilidad y misterio presente en la segunda que se expresa en forma de pregunta desde las profundidades de la primera, a saber: ¿cuál es el sentido de la existencia? Esto es, la “magna quaestio” que constituye a lo humano para el gran pensador de Hipona. Y claro, no es gratuito que, por vía bonaventuriana, pero también en la generalidad de sus planteamientos, Guardini sea agustiniano, como bien lo identifica von Balthasar, citado por Ricardo Gibu para otros propósitos: “En Guardini —afirma von Balthasar— la visión interior, hilo conductor de todo, se manifiesta tan pura y fuerte, que está presente casi en cualquier parte de su obra”. (p. 17).

Muy interesante resulta el que Ricardo Gibu destaque la constitución de la persona a partir de la experiencia religiosa, fundándose en un rasgo para él muy importante en su concreción a saber, el carácter libre de la persona hu-

mana. Gracias a esta libertad, no formal, en las antípodas del kantismo pero también en las del nihilismo sartreano, es que la persona se encuentra fuera de toda restricción definitoria y conceptual cerrada, confiriéndole la capacidad de apertura, característica de ella, hacia la exterioridad, pero también hacia sí misma, hacia los otros, y, finalmente, hacia Dios. Aquí, aconsejamos la lectura del magnífico prólogo de Massimo Serretti, quien atrapa perfectamente las intenciones del autor para, desde la libertad y la acción, reconstruir lo que podemos llamar “antropología teológica guardiniana”, una vez que se ha mostrado su “ontología fundamental” o metafísica y, desde luego, su “ética”.

De este modo, con esta obra de arte ya esculpida, a la que auguramos éxito editorial y esperamos se vuelva material de difusión entre profesores y estudiosos de filosofía de todo signo, únicamente bajo la condición de ser movidos por la pasión por la verdad, se ha revelado la concepción que sobre el ser humano, tuviera uno de los protagonistas de la cultura europea más fecundos del siglo XX. Así, a la inquietud de Luis Villoro, ya citada al inicio cuando dijo: “no sé si sepan de él”, refiriéndose a Guardini, podemos responder: “esté tranquilo, don Luis, que ahora, gracias a Ricardo Gibu, ya muchos sabemos de él”.

Notas

¹ En *Imágenes de la Filosofía Iberoamericana. Dossier de Filosofía Iberoamericana Contemporánea*. Luis Villoro. Universidad Michoacana-Macaco Producciones, 2005.